

mañana los ejercicios espirituales al clero secular y regular, y los dió tambien despues á los particulares. Fué tanto el bien que reportó Alfonso de estas sus primeras solicitudes pastorales, que cambió el aspecto de la ciudad de Santa Agueda desde los principios de su llegada. No fueron pocas las familias que deponiendo sus antiguas enemistades se reconciliaron: se hicieron muchas restituciones, y muchas personas de ambos sexos envejecidas en el vicio, se reformaron. Un artesano escandaloso, compungido con las palabras de Alfonso, se disciplinó de tal manera, que de allí á pocos dias murió: y un caballero de los primeros de la ciudad, que con grande escándalo de todos se hallaba hacia mucho tiempo envuelto en la inmundicia de los mas vergonzosos placeres, se convirtió tambien de corazon y fué tan perseverante, que despues de algunos meses murió con claras señales de un verdadero penitente.

CAPITULO III.

Vida ejemplar de San Alfonso siendo obispo.

Tales fueron los principios del ministerio pastoral de Alfonso, y á ellos correspondió perfectamente todo

lo demas. El no solo sabia muy bien todas las dotes que el Príncipe de los apóstoles y San Pablo, dicen que deben hallarse en el que llega á ser exaltado á la dignidad episcopal, sino que, desde que solo era rector mayor de su congregacion, las habia escogido y recopilado en un librito intitulado: *Reflexiones útiles á los obispos para la práctica del buen gobierno de sus iglesias*, y que mandó de regalo á casi todos los obispos del reino de Nápoles: así es que ya no tuvo mas que poner en práctica lo que habia insinuado á los demas, y lo practicó de tal modo, que jamas se le notó ninguna falta voluntaria en las cosas relativas á la solicitud pastoral. Y como una de las principales dotes que se requieren en un buen pastor debe ser, segun enseña el citado Príncipe de los apóstoles, que sea un perfecto modelo de su grey por medio de una virtud que nazca del fondo del corazon, y la que San Pablo al mencionarlas detalladamente á sus predilectos discípulos Tito y Timoteo, pone en primer lugar y como la base fundamental de las demas, es, que un obispo ha de ser irreprehensible, es decir, sin sombra de defecto ni de error: colocado Alfonso como una lámpara encendida sobre el candelero, á fin de resplandecer por todos lados con la claridad de sus virtudes, se apresuró inmediatamente á portarse de tal manera, que el tenor de su vida y toda su conducta,

aunque ejemplar é irrepreensible hasta entonces, lo fuese aun mas, para que siguiéndolo su grey, pudiese regirse por ella para regular sus acciones, reformar sus defectos é imitarlo, tanto como él imitaba á Jesucristo.

Si Alfonso por su nueva dignidad se hallaba retirado corporalmente de su congregacion, su espíritu y su corazon residian siempre en ella. Aun en medio de sus mas graves y multiplicadas atenciones pastorales, jamas la perdió de vista, sino que siempre quiso ser informado minuciosamente de todo por su vicario general, para poder con la voz, con las cartas, ó de cualquiera otra manera conservar en ella el buen orden, procurar los adelantos y promover cada vez mas en sus alumnos la completa observancia de los votos y de las reglas establecidas. En cuanto á él mismo, quiso conservar el propio tenor de vida y mostrarse rígido observador de las promesas hechas y de las prácticas devotas que ya habia abrazado, en cuanto se lo podia permitir el nuevo estado en que se hallaba: por lo que conservando el mismo espíritu de pobreza de que habia hecho voto en su congregacion, continuó, aunque obispo, vistiendo siempre, tanto en casa como fuera de ella, del mismo modo que cualquiera de los padres de dicha congregacion: así es que usaba la misma sotana de sarga de lana,

el capote y las calcetas de lana negra, pantuflas ó zapatos con el botoncillo de fierro y un sombrero ordinario, y todo muy usado, descolorido y remendado, llevando ademas colgado el rosario de la cintura; de manera, que prescindiendo de la cruz que lo hacia reconocer por obispo, en lo demas no se distinguia en nada de cualquiera otro padre de la congregacion; antes bien, como se hacia la barba solo con las tijeras, parecia un verdadero ermitaño.

En todo el tiempo que vivió desde que se consagró hasta su muerte, no se hizo mas que un solo par de zapatos nuevos, que usó constantemente haciéndolos remontar siempre que lo necesitaban, y hoy se conservan todavia en la casa de S. Miguel de los Paganos. Su ropa interior, no era de mejor calidad y no tenia mas que un pañuelo blanco ordinario y otro de color. El baston que usaba era de madera comun con puño de lo mismo y un cordon de seda lleno de nudos, hasta que un sacerdote del territorio de Aisola mientras que Alfonso se hallaba allí de visita, no pudiendo ver un cordon de esta traza, compró una cintita nueva y se la puso al baston á pesar de la resistencia de Alfonso.

Nunca queria chaquetas nuevas, diciendo siempre que todavia estaban buenas las viejas, y para obligarlo á tomarlas se necesitaba ó precepto de obediencia

de su director, ó que sus familiares le hiciesen creer que solo las mangas eran nuevas. Viendo estos que tenia los zapatos en muy mal estado y casi inservibles lo persuadieron que se hiciese unos nuevos diciéndole que no costaban mas que quince ó diez y seis granos. Pero no fué así cuando notando que Alfonso tenia los calzones llenos de remiendos y hechos pedazos le mandaron hacer otros nuevos, porque no les fué posible hacérselos poner, aunque su secretario probó todos los medios imaginables para lograrlo. En efecto, los calzones de Alfonso estaban en un estado tan deplorable, que viendo su lego que casi no habia quedado ni una hilacha del bombasí oscuro de que fueron en su principio, y solo se veía un forro ordinario, tuvo vergüenza de darlos á remendar á algun sastre de la ciudad y los llevó á una señora anciana para que los compusiese: así es que su secretario respondió con toda verdad, cuando solicitando que diese algunas piezas de ropa de Alfonso, y particularmente alguno de sus calzones, respondió: *Puedo muy bien daros papeles ó escritos; pero no lo que me pedís, pues el obispo no tiene mas calzones que los de bombasí que lleva puestos.* En cierta ocasion que debiendo ir á Nápoles no tenia un capote para el verano, se hizo comprar una capa negra, al precio de quince carlinos, sobre poco mas ó menos, para usarla

tanto en Nápoles como en cualesquiera otras circunstancias en tiempo de calor.

Sus vestiduras prelativas, que solo usaba en las funciones eclesiásticas, eran todas de lana hasta las medias, aunque moradas; cuando las usaba se ponía en los zapatos unas hebillitas de fierro mohosas, y preguntado una vez por qué lo hacia, dijo, que porque eran extranjeras, pues que las habia comprado en Roma, cuando fué á consagrarse obispo. No tenia de seda mas que la faja con que se ceñía la sotana morada, y una vez que le fueron á vender un solideo negro, luego que vió que tenia el forro de seda, lo devolvió al vendedor. Su cruz pectoral era falsa, con un simple cordon de seda verde, y para las solemnidades tenia otra de plata sobredorada con piedras falsas, y con el cordon de seda y oro que le regaló en Nápoles una hermana suya, monja del monasterio de San Gerónimo. Tambien tenia una cruccita de oro, que le regaló D. Francisco Cavalieri, paciente suyo, y que usó por pocos dias en Nápoles, así como un precioso anillo con que lo obsequió Monseñor Gianini obispo de Lettere; pero pronto veremos lo que hizo con estas cosas de algun valor, así como con el coche que con dos mulas le regaló su hermano D. Hércules.

En las funciones episcopales se servia del báculo

pastoral, del candelero, de la jarra y la bandeja de plata y de la joya pectoral, que se conservaban en la caja sagrada y pertenecian al cabildo de la iglesia catedral. Para la celebracion de la misa diaria, se habia hecho hacer una jarra y una bandeja de barro; y aunque los canónigos le habian ofrecido cortesmente la jarra y la bandeja de plata para su uso diario, jamas los quiso usar, antes queria servirse de sus útiles de barro hasta en las funciones solemnes, mas no lo consiguió por la oposicion de los canónigos y del maestro de ceremonias. En los últimos años de su obispado omitió en su misa diaria hasta el uso de su jarra y bandeja de barro, sirviéndose de las vinageras y el platillo, como cualquier otro simple sacerdote.

Los canónigos de la iglesia catedral de Santa Agueda dispusieron que se quedase el palacio episcopal con los mismos muebles que lo tenia su antecesor; pero á su llegada no quiso comprar mas que algunas pocas cosas absolutamente necesarias, y no queriendo los canónigos ver el palacio desnudo y abandonado, lo dejaron adornado como estaba, á pesar de que Alfonso habia mandado que se vendiese todo. Pero lo que no quisieron hacer entonces, tuvieron que hacerlo despues, porque cuando por su grave enfermedad tuvo que salir Alfonso de Santa Agueda para Arienzo, mandó al cabildo de su iglesia catedral que ven-

diese toda la plata y muebles de su antecesor, y con el dinero que esto produjo, se reparó y adornó con estucos el átrio de la misma iglesia.

Entre tanto, dejando las mejores piezas del mismo palacio episcopal á su vicario general, escogió habitar en dos piezas de las mas incómodas, una un poco mas grande para el estío y otra chica para el invierno, en cuya parte superior hizo poner un lienzo ordinario atado á las dos paredes opuestas para evitar algun tanto el aire, porque ni aun en lo mas crudo del invierno se acercaba jamas al fuego. En estas piezas no habia mas que unas cuantas sillas de paja, algunas imágenes de santos, una mesita con un tintero de hueso y un armarito con libros, un pequeño altar para decir misa cuando por enfermedad no pudiese ir á la capilla episcopal, y un cuadro con la imagen de la Santísima Virgen del buen Consejo. Ademas, habia allí una pobre cama compuesta de bancos de madera, un jergon de paja y un cobertor muy ordinario y usado; y como á su llegada á Santa Agueda se halló con una buena cama con colchon, mandó inmediatamente al hermano lego que habia enviado para preparar lo necesario, que al momento se procurase la paja, y no habiéndola encontrado por entonces, ni aun por aquella primera noche quiso dormir en ella, sino que se acostó en las mesas ó á raiz del suelo. Tampoco es-

taba mejor amueblado el palacio episcopal de Arienzo á donde fué á vivir por algunos años despues de su enfermedad; pues allí tambien no habia mas que unas cuantas sillas de paja, algunas estampas de santos, y otras muy pocas cosas puramente necesarias; de manera, que en llegando algun huésped, tenia que pedir prestado, cama, lencería y vajilla de plata, así como otras muchas cosas, y frecuentemente hasta dinero, tan grande era la escasez y pobreza en que vivia.

Su mesa tambien era frugal y muy parca, no se servian mas que tres platos, queso y fruta, aunque siempre lo acompañaban su vicario general, su secretario, y á veces alguna otra persona que debia recibir por pura hospitalidad. Nunca queria que se pusiesen pollos, peces delicados, ni cosas esquisitas y de mucho costo, sino alimentos despreciables y comunes. Por lo que habiéndole llevado á vender una vez un pescador un pedazo de esturion, rehusó comprarlo diciéndole: *En mi casa no se come esturion sino juiles.* Habiendo ido á visitarlo en otra ocasion un personaje de alto rango, llamó al cocinero y le mandó que preparase algunos platos, pero frugales y ordinarios. Esto pareció poco decente no solo al mismo cocinero, sino tambien al secretario, por lo que éste hizo hacer algunas otras cosas ademas de las que habia prevenido Alfonso, quien por hallarse entonces en cama,

no echó de ver lo que se comia en la mesa; pero cuando se fué el personaje y supo lo que habia pasado, llamó al secretario y haciéndolo sentar junto á su cama, lo reprendió suavemente, inculpándolo de que lo que se habia comido de mas en la mesa lo habia robado á sus pobrecitos, y concluyó diciéndole: *La mesa de los obispos no es la mesa de los reyes.*

Por otra parte, Alfonso nunca comia de todo lo que se servia en la mesa, sino que se contentaba con un potaje de yerbas guisado con lo gordo de la carne de puerco, ó con manteca y al principio con un poco de carne cocida; pero habiendo dejado despues la carne enteramente, no comia mas que algun pecesillo y alguna fruta, y solo dos veces á la semana tomaba un pequeñísimo pedazo de queso: en los primeros años cenaba un poco, mas despues dejó de cenar enteramente. El cocinero que tenia, no era nada diestro en su oficio, y lo poco que hacia era ó mal cocido ó demasiado salado, ó crudo, ó quemado. Su vicario general y los demas familiares, se quejaban continuamente de esto; pero él, contento con todo, no decia palabra, ni mostraba el mas leve disgusto ó resentimiento por ello, y nunca se le pudo persuadir á que lo despidiese de su servicio; antes para mas mortificar su propio paladar, mezclaba, segun su costumbre, todo lo que comia, con agenjo ó con otras yerbas

amarguísimas, de que siempre procuraba que hiciese una gran provision su lego Francisco Antonio Romito; de manera, que lo que quedaba, no se podia distribuir ni á los pobres en atencion á que lo rehusaban, porque no se podia comer por el demasiado amargo que tenian. Ademas de que su comida y cena comenzaban con la bendicion y concluian con la accion de gracias, eran siempre acompañadas con la leccion espiritual, particularmente de vidas de santos obispos, que hacia el hermano lego, aun cuando hubiese en la mesa personas de respeto. Despues de una y otra se entretenia con el vicario general, ó con otras personas de su séquito, hablando de los negocios de la diócesis y de las providencias que deberian tomarse para el buen órden de ella.

Toda la familia que Alfonso tenia era tan corta y escasa como ninguna otra, pues consistia en el vicario general, en un sacerdote que al mismo tiempo le servia de secretario, capellan y ecónomo, en el mencionado hermano lego de su congregacion, y en un solo criado que era el mismo que desempeñaba la cocina. Por la mañana y por la noche hacia con estos dos últimos media hora de oracion mental, y ademas todas las noches reunia á todos en la capilla, hasta los huéspedes ó cualesquiera otras personas que hubiese, para rezar el Santo Rosario y demas actos de

las virtudes cristianas, y hacer el exámen de conciencia. Al hermano lego y al criado les exigia la frecuencia de los santos sacramentos: corregia sus defectos mas bien con amor de padre ó de hermano que con el imperio de un amo, y cuando les mandaba algo usaba de estas espresiones: *Haced esto en amor de Dios; llevadlo en amor de Dios*, ú otras semejantes. A cada uno pagaba con exactitud su salario y no los dejaba carecer de lo que necesitaban, mucho mas si caian enfermos: por esto la familia del obispo parecia una pequeña comunidad religiosa, pues se componia de personas todas de escelentes y ejemplares costumbres, como justamente queria Alfonso que fuesen, y como realmente deben ser, sobre todo, los familiares de un obispo.

De lo dicho hasta aquí se ve claramente á qué grado llegaba la pobreza de Alfonso, á pesar de ser obispo, privándose hasta de las cosas que podia usar, segun los cánones de la Iglesia; pero siempre estaba temiendo defraudar á los pobres, si no se sujetaba á lo puramente necesario, y por otra parte dar algun motivo de escándalo, si hubiese dejado traslucir la mas pequeña sombra de lujo y de fausto. No hacia caso del dinero, ni aun lo veia, sino que lo dejaba en poder de su ecónomo, para que lo distribuyese de la manera que él le indicaba, pidiéndole de cuando en

cuando alguna cantidad para darla por sí mismo en secreto á alguna persona ó familia pobre vergonzante.

Ya hemos visto como cuando estaba en su congregacion reservaba todos los sobrescritos para escribir las obras que queria hacer imprimir, para escribir á algunos de sus amigos de mayor confianza, ó para otros usos semejantes; pues lo mismo hizo justamente ya de obispo, disponiendo que su secretario guardase con el propio objeto todos los sobrescritos, los medios pliegos de papel blanco y los pedacitos que quedaban sin escribir en las cartas que le dirigian. Si alguna vez veia que el referido secretario se descuidaba algo en esto, lo corregia con afabilidad, y si alguno le decia que aquello era una cosa vergonzosa para un obispo, respondia inmediatamente: *¿vergüenza? ¿vergüenza? la santa pobreza es el distintivo de un obispo.* Llevado de este mismo espíritu de pobreza, no quiso aceptar en manera alguna el regalo que le hacia un religioso, de una imagencita bastante bella de un *Ecce Homo*, porque tenia un marco de plata, á pesar de que le habia manifestado mucha devocion.

Si el espíritu de suma pobreza no se disminuyó nada en Alfonso, tampoco se acortó el de la cruda maceracion de su cuerpo; porque ademas de amargar de intento su escaso alimento, y ademas del breve descanso que tomaba en una durísima y pobre cama,

continuó llevando en su cuerpo los mismos hórridos instrumentos de penitencia, y disciplinándose cruelmente aun mas veces al dia. El procuraba muy bien ocultarlo todo; pero sus familiares lo echaban de ver, ó por su ropa blanca manchada de sangre, ó por las gotas con que aparecian salpicadas las paredes de su cuarto, y mucho mas por el estruendo que oian de sus disciplinas, á pesar de que hacia cerrar antes todas las puertas de las piezas contiguas. Su secretario lo oyó azotarse tan cruelmente una noche entre otras de un viérnes de Marzo, que dificilmente se contuvo de forzar la puerta del aposento para entrar á quitarle la disciplina de la mano, temiendo verlo morir bajo sus golpes; y un religioso domínico que era uno de sus examinadores sinodales, suplicándole una noche que se quedase en el palacio episcopal, porque se habia acabado el exámen bastante tarde, respondió, que aun cuando fuese media noche, se habria vuelto al convento, porque horrorizaba solo oir el cruel castigo que Alfonso daba por la noche á su cuerpo.

A todo esto se añadia una oracion casi continua, á la que si por despachar los negocios de su diócesis no podia atender como deseaba, de dia, se entregaba seguramente por la noche, pasando una gran parte de ella meditando las cosas celestiales, ó rezando sus devotas y acostumbradas oraciones. Cuando iba á

orar á la iglesia, ademas de que no queria ninguna distincion, aunque débil y enfermo, estaba allí con tanta compostura, recogimiento, silencio y fervor, que parecia una verdadera estátua, y solo verlo escitaba en todos una gran devocion y ternura. Aunque obispo, llevaba una vida continuamente ocupada, porque todo el tiempo que le quedaba libre de sus atenciones pastorales y de todos sus ejercicios de piedad, se ocupaba en leer, ó en escribir, ó dictar y componer obras para el bien de las almas. De esta aplicacion jamas interrumpida le provino aquel dolor de cabeza continuo que padecia, y con el que sin embargo continuó trabajando. Fué una vez á visitarlo el canónigo primicerio de su iglesia catedral, y hallándolo un poco enfermo, le dijo, que siquiera disminuyese algo su aplicacion al trabajo; pero Alfonso le respondió, que si hubiera tenido que esperar á estar bueno y sano, sobre todo, del dolor de cabeza, para ocuparse, nunca se habria ocupado, y añadió: *Yo siempre he trabajado con el dolor de cabeza.*

Se hallaba Alfonso en Airola haciendo su visita pastoral, cuando su hermano D. Hércules con su esposa Doña Mariana y dos niños suyos fueron á visitarlo. Los recibió á todos con demostraciones de afecto, los hizo alojar en las piezas mas retiradas de las que él ocupaba en aquel palacio ducal, y en los tres

ó cuatro dias que permanecieron allí, no los recibió sino una hora antes de la comida, y otra hora antes de la cena, pasando este tiempo con ellos en conversaciones espirituales y dándoles prudentes consejos. Cuando tenia que salir en coche, se hacia leer algun libro de Historia sagrada ó de materias espirituales, por su secretario ó por la persona que fuese con él: á tal extremo llegaba el cuidado que ponía Alfonso en huir de todos modos de la ociosidad, y en cumplir exactamente el voto que habia hecho. Con este método de vida irreprochable, acompañado del esplendor de todas las demas virtudes, se hizo Alfonso un resplandeciente ejemplo de perfeccion á su grey; y aun temiendo no ser lo que debia, ó bien de cometer algun yerro sin advertirlo, dió el encargo de censor á un respetable sacerdote, tanto sobre toda la familia, como sobre él mismo, mandándole espresamente que le advirtiese y reprendiese hasta sus mas pequeñas faltas.